En la Suiza oriental

Autor(en): **[s.n.]**

Objekttyp: **Article**

Zeitschrift: **Textiles suizos [Edición español]**

Band (Jahr): **- (1948)**

Heft 2

PDF erstellt am: **29.05.2024**

Persistenter Link: https://doi.org/10.5169/seals-797833

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.
Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.
Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

Ein Dienst der *ETH-Bibliothek*
ETH Zürich, Rämistrasse 101, 8092 Zürich, Schweiz, www.library.ethz.ch

http://www.e-periodica.ch

La iglesia abacial de St. Gall, maravilla del estilo barroco, edificada hacia mediados del siglo XVIII.

EN LA SUIZA ORIENTAL

El que St. Gall no sea una ciudad como las demás es cosa que choca a primera vista al recién llegado. Es una ciudad completamente urbana, y se da uno cuenta de que siempre lo ha sido. Aunque no es muy grande y a pesar de encontrarse situada en el centro de una región agrícola, no encierra en su perímetro, como tantas otras ciudades de mucha mayor extensión, esos rincones campesinos que se han conservado inviolados por los ingenieros y los arquitectos. Si bien fué desde siempre industrial y mercantil, no nos ofrece el espectáculo entristecedor de las barriadas obreras, y aunque muy antigua y habiendo conocido — ya hace siglos — épocas de gran lustre, no puede ofrecernos ejemplares de edificios urbanos de gran mérito arquitectónico, pues sus edificios públicos importantes son del peor estilo del siglo XIX... No ubica ni sobre un lago ni sobre una vía fluvial de importancia, y su situación tampoco es estratégica, ni se encuentra sobre una gran vía de comunicación, sino en el fondo de un valle, entre el lago de Constanza y los montes de Appenzell, en un lugar que nada de particular parece designar a la atención. Y esto ¿ a qué puede ser debido ? — Pues sencillamente a que, en el año de gracia 613 se detuvo allí precisamente el monje y evangelizador irlandés Gallus, construyendo allí su celda y fundado un convento. La Abadía de St. Gall hizo que se aprovechará la ciudad que brotó a su alrededor (y cuya vida llegó bien pronto a ser completamente autónoma) de la gran fama que logró adquirir en el mundo de las letras ya hacia 1200, y un efecto similar tuvo su biblioteca conventual, que aun actualmente es una de las más ricas de Europa, así como el prestigio de esa joya artística que es su gran iglesia catedral, verdadera maravilla del estilo barroco. Sin embargo, seríamos injustos si no hiciésemos resaltar los méritos de la ciudad misma. Durante el Renacimiento fué un hogar del humanismo, y su burgomaestre Vadian, que fué rector de la Universidad de Viena, hizo que su nombre fuese conocido en lejanos países y legó a la ciudad una biblioteca también celebérrima. El gremio de los mercaderes de St. Gall, que ha subsistido hasta nuestros días con las atribuciones de una cámara de comercio, fué una potente compañía mercantil que mantenía establecimientos propios desde Posnán hasta Zaragoza.

La ciudad de St. Gall debe su desarrollo y su prosperidad a la industria textil, a la que se dedica desde el siglo XIII, y cuyas vicisitudes ha seguido en sus alzas y bajas. Seguramente se encontrarán en todo el mundo pocos ejemplos de semejante concentración profesional en una localidad consagrada casi exclusivamente a un ramo de semejante importancia. Pero como la fabricación misma se encuentra aún en la actualidad muy descentralizada y se ejerce en pequeños establecimientos, la ciudad misma ha quedado preservada de una invasión industrial. Debido a ello ha podido conservar su característica particular, una gran tranquilidad y el aspecto tan sensato de sus calles pulquérrimas y claras, formadas por casitas pequeñas. Los barrios más antiguos mismos no tienen ese aspecto chocante y sombrío de antigüedades más o menos bien conservadas. El forastero disfruta de ese conjunto de ambiente único y de la amabilidad de los habitantes. Todo eso es lo que constituye el encanto de St. Gall, sensible incluso para aquellos que sólo se encuentran de paso para sus negocios. Cierto es que existen también otros objetos dignos de atraer la atención de los visitantes, y entre éstos se encuentra en primera fila la iglesia catedral que por sí sola bastaría para cimentar la fama de esta población ; pero también, una colección de bordados y de encajes — la colección Iklé — que debe ser considerada como una de las más bellas del mundo.

Si nos fijamos en un orden de ideas más a ras de tierra, no debe olvidarse el mencionar la fería agrícola de otoño que no carece de pintoresco aunque sea de aspecto muy moderno ya que atrae la población campesina de un amplio contorno.

Una vista interior de la biblioteca del convento de St. Gall, que figura entre las más famosas de Europa.

Fiesta de la Juventud, en St. Gall. Las alumnas del liceo visten su primer traje largo, hecho con los famosos tejidos bordados.

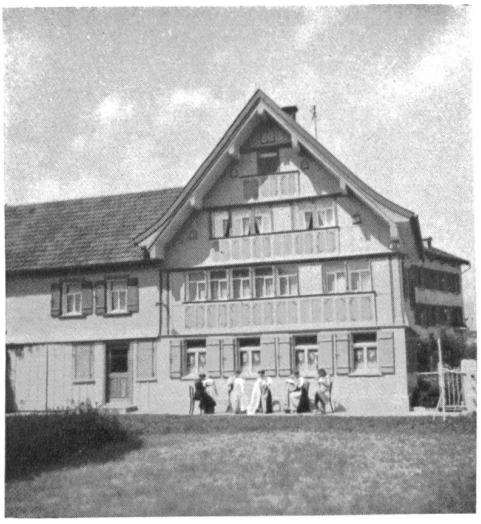
También se celebra cada dos o tres años en la primavera la Fiesta de la Juventud, con cuyo motivo puede admirarse un desfile de colegiales quizás único en su género, ya que todas las niñas y muchachas jóvenes van, para esta circunstancia, vestidas con trajes confeccionados con los magníficos tejidos de St. Gall. Constituye un golpe de vista encantador toda esa juventud floreciente adornada con níveos encajes, vestida de organdí y de los demás vaporosos tejidos de algodón estampados o bordados.

La gente del Appenzell está justificadamente orgullosa de la primorosidad de su pequeño país. Repartidas entre el verdor de sus praderas, las casas de madera, grises, gualdas, azules, pardas, todas cortadas por el mismo patrón, parecen juguetes recien sacados de sus estuches. El paisaje no desdice de esa pauta : semeja un dibujo infantil con innumerables colinas de formas redondeadas y con trenecitos eléctricos serpenteando a lo largo de las carreteras y a través de los prados, para completar la ilusión. Las aglomeraciones también — la pequeña capital Appenzell y los grandes pueblos — son de una pulcritud impecable. Los naturales mismos, que gozan de una reputación de buen humor, son agradables y obsequiosos por naturaleza. Allí, se encuentra uno a gusto, lejos de las ciudades donde cada cual se considera tan importante que no tiene tiempo de perder los pocos segundos necesarios para una sonrisa o para unas palabras amables. Cuando se pueden dedicar tres semanas o más para adornar con los más finos encajes un pañuelito de linón no mayor que las dos manos, se llega a un concepto más justo del tiempo. En el cantón de Appenzell que — por lo menos en su centro, llamado Rhodes interiores — ha quedado preservado de toda industria, se practica ampliamente el arte del bordado. Cuando se pasa delante de cada una de las casas, puede verse detrás de las ventanitas adornadas con blancos cortinajes, una mujer inclinada sobre su bastidor de bordadora o sobre la almohadilla de hacer encaje de bolillos. Las muchachas aprenden a bordar en su casa y frecuentan también los cursos organizados por la asociación de fabricantes. Más adelante trabajarán a domicilio por cuenta de los fabricantes exportadores, perfeccionando su arte incesantemente, sin dejar de atender por ello a sus quehaceres de casa — echando una mano también a los trabajos del campo para ayudar a los hombres cuando es necesario — hasta que llega el día, al cabo de años, que adquieren la habilidad y la capacidad necesarias para crear esas maravillas de plumetis, de calados, de hilos sacados, de pintura a la aguja y de punto de aguja, labores de las que pueden admirarse bellísimos ejemplares en la hermosa colección del Colegio de San Antonio, en Appenzell. En todos los caminos se tropieza uno con mujeres, hombres y jóvenes que en

La « Landsgemeinde » (comicio) de Trogen, en los Rhodes exteriores (Appenzell).

La ciudad de Appenzell, característicamente encuadrada por las colinas circundantes.

sus grandes mochilas llevan a sus casas material para ejecutar esas labores o devuelven a los fabricantes los pedidos ya ejecutados. Trátase de pañuelos, de sábanas, de mantelerías terminadas, adornadas con bordados o con monogramas, con calados, con vainicas, etc.
Los hombres, a su vez, se ocupan del ganado — casi no se ven cultivos y solamente pocos árboles frutales, nada más que hierba por todas partes — ; a pesar de las colinas, recorren el país, siempre sobre altas bicicletas, cubiertos de un sombrerillo redondo y negro o de una gorra de lana con una borla colgandera —, la cachimba con tapadera colgante entre los dientes ; todos parecen cortados por el mismo patrón, con su nariz aguileña y ojos vivos, medio cerrados por el párpado plisado que les da ese aire sagaz y socarrón tan divertido, y todos llevan colgando del lóbulo de una de las orejas un anillito de oro.
Los dos semi-cantones de Appenzell son de los últimos que quedan donde se ha conservado la tradicional costumbre secular de la « Landsgemeinde », asamblea plenaria de los ciudadanos para elegir las autoridades ejecutivas y judiciales y para aceptar, o rechazar, las leyes. Los hombres no son admitidos a concurrir a estos parlamentos a cielo descubierto más que si llevan el sable tradicional — lo que no les impide según las témporas del año, de llevar también previsoramente un paraguas.
En el cantón de Appenzell, cerca de Trogen, se encuentra la « aldea infantil Pestalozzi ». Esta admirable obra, digna del gran filántropo, cuyo nombre ostenta, ofrece acogida a niños que han perdido padre y madre debido a la guerra. Los huérfanos, agrupados por nacionalidades, son educados e instruídos en su lengua madre, viviendo en casas que para ellos son verdaderos hogares. Deben permanecer en la « aldea » hasta el día en que, capaces de ganar su sustento, podrán reintegrarse a su país. La « aldea Pestalozzi » ha dado asilo a niños polacos, franceses, húngaros, austriacos, alemanes, italianos y finlandeses.



Bordadoras en su trabajo delante de una típica granja del país de Appenzell.

La « aldea infantil Pestalozzi », cerca de Trogen (Appenzell) abriga en la actualidad unos 180 niños en sus 11 casas. Después de la construcción de 5 nuevos hogares en 1948, la agrupación contendrá más de 250 huérfanos de guerra.

Fotos Gross, St-Gall, y Klausen, Zurich